

La Esfera

15 Septiembre 1917

Año IV.—Núm. 194

ILUSTRACION MUNDIAL



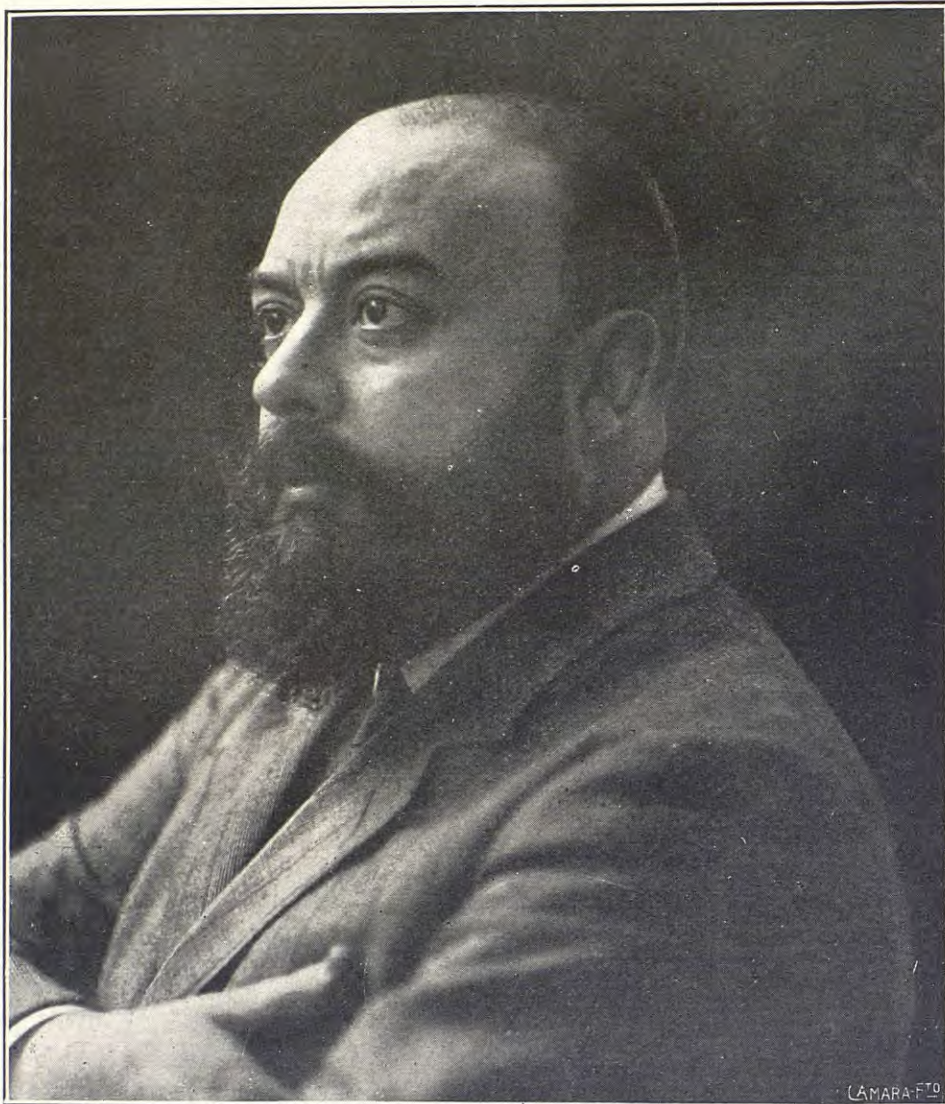
RETRATO DE MI HERMANA, cuadro de César Fernández Ardavín

DE LA VIDA QUE PASA LA OBRA DE UN PERIODISTA

MIGUEL Santos Oliver, que, según propia declaración, no es cervantista profeso; ha escrito y publicado una *Vida y semblanza de Cervantes*. Absolutamente, de toda la bibliografía cervantina—caudal abundoso formado por las más claras linfas del ingenio y del saber humanos, pero también cauce de aguas turbias y remanso de otras pestilentes—, sólo tres libros nos satisfacen plenamente; sólo en tres libros vemos á Cervantes vivo, tal como debió de ser, y, acaso, tal como el rendimiento de nuestra devoción quiere que sea. Esos tres libros contienen la vida de Cervantes contada por Fernández de Navarrete, por Navarro Ledesma y por Miguel de los Santos Oliver. Lo demás publicado es obra de acarreo de los eruditos, muy meritoria, pero sin belleza ni arte, ó es historia fría y sin alma. Se suceden los biógrafos y los comentaristas de Cervantes de tal modo y en tal cuantía, que es difícil llegar á conocerlos á todos y, más aún, á no perder el juicio siguiendo sus desvaríos y extravagancias, enmarañándose uno mismo en sus apasionamientos. Dejando á un lado á los eruditos, á los rebuscadores de archivos notariales que han ido encontrando las huellas de aquella vida doliente y apartando á los enojosos y pedantes interpretadores, tampoco hallamos á nuestro Cervantes en sus biógrafos: en Morán, Quintana, Mayans y Siscar, León Máinez, Pellicer, Vicente de los Ríos, Viardot y tantos otros.

Separa á los libros de Navarrete, Navarro Ledesma y Santos Oliver la diferencia de años en que fueron escritos (1819-1905-1916); en estos lapsos de tiempo, las aportaciones de nuevos documentos que van apareciendo y las depuraciones del gusto literario, van trazando y completando la figura del Manco de Lepanto; pero, sobre todo, más aún que su propia figura, trazan y completan el ambiente en que se desenvuelve toda su vida; la escuela de sinsabores, estrecheces y amarguras á que asistió de niño y de mozo, de hombre y de anciano; la escuela donde templó su carácter y domó su voluntad y ganó su genio aquella longanimidad con que perdona todos los agravios y que nos los ofrece como la más alta cumbre espiritual á que ha logrado ascender el pensamiento humano.

Esta concepción de Cervantes, visto y comprendido en el medio en que nace, lucha y muere, en la España que comienza en las austeridades de Felipe II y termina en las abyecciones y liviandades de Felipe IV y Carlos II, tiene su primer ensayo, un poco novelescamente, en la biografía de Navarro Ledesma, y alcanza su expresión más artística y, á la vez, más asida á la verdad y á la documentación histórica, en la *Vida y semblanza* escrita por Santos Oliver. Con estar tan cerca de nuestra edad aquella España



D. MIGUEL DE LOS SANTOS OLIVER
Ilustre periodista catalán

101. AMER

que desborda su vitalidad sobre las nuevas Indias, mientras que en el solar propio se deshace y corrompe, y con tener de ella toda suerte de documentos históricos y literarios, podemos apreciar muy difícilmente su contextura espiritual. Un criterio ético de la vida, totalmente distinto, nos separa de ella, y el error de juicio nace de que no advertimos cómo se ha realizado esta evolución, siendo aparentemente inmutables y las mismas, las doctrinas religiosas que absorben á las morales, de aquella sociedad y de la nuestra.

Así, el admirable encanto del libro de Santos Oliver está en que conocemos á Cervantes rodeado de todas las realidades de aquel mundo español, corrompido por su mismo poderío. La concepción cervantina se nos ofrece con una claridad que hasta ahora no habían logrado darnos la mala peste de los interpretadores y los topologías y los anagramistas que buscaban la luz del *Quijote* en claves hieráticas y mecánicas. Santos Oliver nos hace ver cómo la padecida vida de Cervantes engendra el estupendo mundo ideológico en que nacen la alta locura de Don Quijote y la ruin cordura de Sancho. Sobre una sociedad fanática é hipócrita, desmoralizada y viciosa, logrera y azarista, aventurera é imprevisora, holgazana y ambiciosa, alzó el hado de tres reinados un poderío que se desmoronó, como la breve gobernación de la Insula Barataria y como los altos y bien encaminados ensueños del Caballero de la Triste Figura.

¿Se me permitirá decir que está trazado este

libro admirable, más que por una visión de historiador, por una visión de periodista? Sería preciso hacer con todo comedimiento y con toda disculpa de posible agravio, una modestísima observación: la de que, á medida que el sentido de periodismo se ausenta de nuestros periódicos, vase refugiando en la Literatura y en la Historia. El tema es arduo y complejo, y necesitaría mucho espacio para explanarlo. El hecho es que cada día nuestros periódicos son menos periodísticos, mientras que, ahuyentados de las redacciones, son novelistas ó cuentistas ó historiadores los que debieran engrandecer la ideología de su pueblo, siendo exclusivamente periodistas. Acaso este fenómeno sólo se produce en la Prensa madrileña, trastocada por su convivencia con la más vergonzosa política que haya padecido España. No puede haber en las redacciones una visión de vida—que, al cabo, etc es todo el sentido periodístico—cuando cuanto las rodea tiene la pestilencia y la infecundidad de la Muerte. Así, he aquí cómo en otros géneros literarios y en la Prensa provinciana van floreciendo ingenios como el de Santos Oliver, que no tiene par en nuestra Prensa madrileña. No le conocen, como no conocen á otros periodistas de Bilbao y de Valencia, de Barcelona y de Sevilla, los vacuos comentaristas del Salón de Conferencias del Congreso, ni los donosos contortulios que alegan las horas sin tribulaciones de nuestros cuatro y medio personajes políticos. Acaso de Santos Oliver se recuerden unos hermosos artículos publicados en *A B C*; pero estos hombres, substituidos en la Prensa madrileña por la bajumbra de reportajes comineros y por el inflamamiento diario de unos políticos de pacotilla, no influyen en la opinión, sino en el reducido sector de sus respectivas regiones.

Está en este hecho, que pasa inadvertido, una de las causas de la desmembración de España, para quien nuestros estadistas no tienen ya más aglutinante que la Guardia civil. El centralismo exige una superioridad moral é intelectual en el órgano rector; un propósito del bien y acierto para realizarlo en las manos que acaparan las funciones todas de la nacionalidad. Y se ve bien claro—Santos Oliver es un vivo ejemplo de ello—que en todos los órdenes del pensamiento y del esfuerzo, las regiones no han querido quedarse al paio del rezago en que se ha empeñado en vivir la gente cortesana; igual hoy á la que seguía jadeante á aquellos árbitros y dispensadores del favor político que se llamaron Lerma y Siete-Iglesias y Olivares, y á la que hemos acabado de conocer en este claro espejo y fiel retrato con que Santos Oliver ha compuesto su *Vida y semblanza de Cervantes*.

DIONISIO PEREZ

DIVAGACIONES LITERARIAS



MADRE NATURALEZA

PATITOS silvestres. Esto son los niños de los pueblos: unas escuadrillas de patitos silvestres. Y hay alguno que semeja de *terracotta*. Y otros parecen racimos de uva sucios, con los ojos brillantes como dos granos manoseados. Y las meninas rubias, con ese oro de miel tan campesino, pertenecen á la imagenería de los cuentos de Andersen y de Grimm. Lo único que está prohibido á los niños de pueblo es ser niños.

Comparad los infantes ingleses, compuestos con una porcelana que tuviese la elasticidad del caucho, ó las vivientes muñecas holandesas, ó las estatuitas italianas, miniaturas del Bautista, ó los marineros de bucles que nos dirigen profundas preguntas en el Retiro y en el Prado, y aun los mismos moritos, con su túnica roja, evocación de un farolillo á la veneciana como de un pimientito; comparad hasta los chicos de las barriadas obreras con la rapacería que encontráis en las carreteras patrias al paso del automóvil, y va una enorme diferencia, como entre los cisnes y los patos.

No ha mucho, fui yo buscando sosiego á una dehesa, en tierras toledanas, entre encinares.

Había en la casa todo un muestrario de villanos, como mi huésped resucitaba la hidalga figura del Caballero del Verde Gabán. Recuerdo una bruja de ochenta años, una mocita como un puchete garbancero, viejos escapados de lienzos de Ribera, bien que para caer en los de Zuloaga; rústicos dignos de la estameña y el hacha al cinto, como en los feudales bosques del medioevo, y unos cuantos niños, y digo niños porque no pertenecían á ninguna de las anteriores categorías, y en cierto modo se aproximaban á sus compañeros universales de generación. Pero, en realidad, eran como alimañas hoscas, costrosas, dentadas, con unas marañas de estropajo en la porra de la testa, la piel quemada, que iban descalzos entre las ortigas, que no hablaban, sólo un graznido de vez en vez, y, sobre todo, que no reían ni cantaban jamás.

Y el caso es que, en ocasiones, contemplando uno de estos minúsculos salvajes, una niña de ojos zarcos en una cara de oro, vaya por ejemplo, se nos ocurrió pensar en cultivadores de la expresión humana, como hubo maniáticos de la mejora del tulipán, y pensamos que podrían obtenerse mati-

ces raros y sugestivos, inéditos, trasplantando á la ciudad ese bichito maravilloso y cultivándolo por lo fino. Porque ya se hallan agotadas las diferentes vehemencias y los desmayos del rostro de la mujer. Convendría la presentación en la feria de un ejemplar selvático que refinaron los artificios. Así puede que alcanzásemos, en este orden de cosas, el *frisson* nuevo que buscan los alquitarados simbolistas, como los sensuales.

Patitos silvestres. No hablan, no cantan, no ríen, no juegan. Excepcionalmente, hay una maravilla en esa infancia de maldición. Unos pocos días al año, los muchachos de la dehesa que fué mi *sanatorium*, bajan al pueblo y los llevan al rezo en una iglesiuca maternal. Las ternuras que oírán de niños, y acaso en toda su vida, se reducen al arrullarse á sí mismos con unas oraciones que no comprenden, balbuceos y vaguedades, pero las únicas palabras que les es consentido pronunciar sin fin inmediato y práctico, como por juego y divertimento.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

CUADRO DE JUAN BRULL

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LAS MUCHACHAS GENTILES, dibujo de Vivanco



EL ARTE EN VALENCIA EXPOSICIÓN DE CUADROS DE FRANCISCO DOMINGO



El viejo maestro vive muchos años lejos de su tierra. En ella pintó en sus mocedades cuadros estupendos por lo hermosamente que consiguiera trasladar al lienzo la vida de sus personajes, y ni él mismo recuerda algunas de sus obras primeras que pudieron y debieron figurar en la Exposición de 1916, al lado de las que presentó.

Los organizadores del Concurso de Arte recién clausurado en Valencia, pidieron al maestro la aportación de algunas obras, y mandó unas pocas, todas ellas modernas relativamente, reveladoras siempre de su genio, mas faltas de aquellas grandes energías que le hicieran en su primera época el primer pintor español, cuando tan eminentes figuras brillaban en el cielo de nuestro Arte.

No contentos con ello, los organizadores de la pasada Exposición de Valencia buscaron obras casi desconocidas del maestro, y por indicaciones de los ilustres artistas, discípulos suyos, José Benlliure y Juan Peiró, que con él pintaron, llegaron a la Exposición tres obras más de aquella su primera época, y casi desconocidas.

Darlas a conocer del gran público lo estimamos un deber, y ello nos decidió a publicar sus reproducciones.

El autorretrato del maestro es un trozo de pintura que tiene toda la fuerza de un lienzo velazqueño. Se conserva bien, y da la muestra de la potencia colorista, castizamente española, de Domingo. Lo posee el distinguido *amateur* D. Salvador de Coya, y lo conserva como la joya más preciada de su buena colección. Este autorretrato lo pintó Domingo en Valencia, antes de marchar a Roma.

El retrato de Juan Peiró lo pintó Domingo en Roma, en donde vivía con Peiró. Lo justo de la entonación y el notable parecido hacen muy estimable este cuadro. Por cierto que, cuando de él hablábamos con el vie-



Retrato de doña Carmen Torres

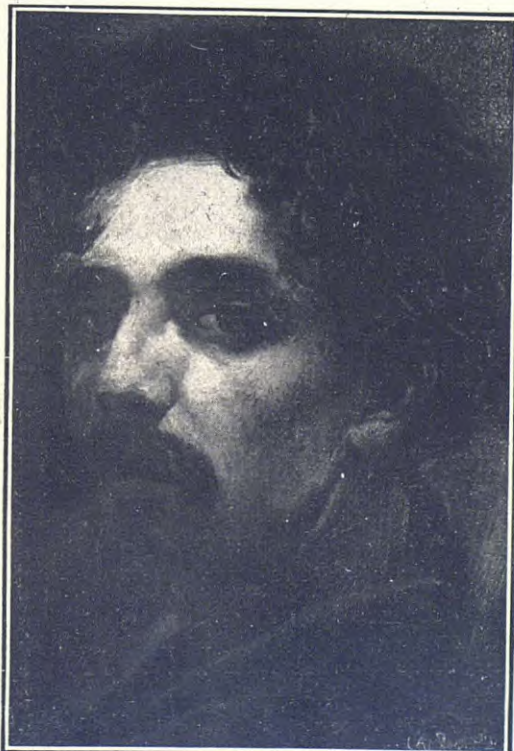
mismas. Por él se verá hasta qué punto dominó el natural Domingo. Como aquel escorzo siempre difícil, y más cuando de las manos se trata, está resuelto.

Este retrato lo posee la hija de la retratada, doña Carmen Cervera, una de las profesoras normales más eminentes de España, distinguida publicista, que conserva la obra con la más gran devoción a su madre y la más rendida admiración al genio que la creó. Seguramente que este retrato irá a nuestro Museo, pues es obra que, a nuestro juicio, supera a cuantas de Domingo conocemos. Lo pintó después de regresar de Roma.

La juventud valenciana que dedica sus afanes al Arte, piensa en el viejo maestro y se propuso consagrarle un monumento en uno de nuestros jardines. Sabían que Mariano Benlliure, allá en sus años juveniles, modelara un busto del maestro de su hermano Pepe, busto que creo obtuvo una gran recompensa en una Exposición extranjera, y solicitaron del gran escultor diera a dicho busto más tamaño para que pudiera ser destinado al fin propuesto. Nuestro paisano, con rasgo que le honra—tiene tantos—, no sólo se ofreció a ello, sino que hizo más: se hizo cargo de fundirlo en bronce y regalarlo a los iniciadores del proyecto. Sabemos que el busto está modelado y que pronto será fundido, y así, calladamente, sin suscripciones ni alharacas, los jóvenes artistas valencianos elevarán al gran pintor Domingo modesto pero artístico monumento, y su fiera y hermosa cabeza será oreada por las brisas de nuestro mar y perfumada por los jazmines del jardín, donde manos juveniles cavarán la tierra para que se levante retadora y enhiesta la figura del pintor de leonada melena y pertinaz mirada.

J. MANAUT NOGUÉS

Valencia, Agosto 1917.



Autorretrato de Francisco Domingo Marqués

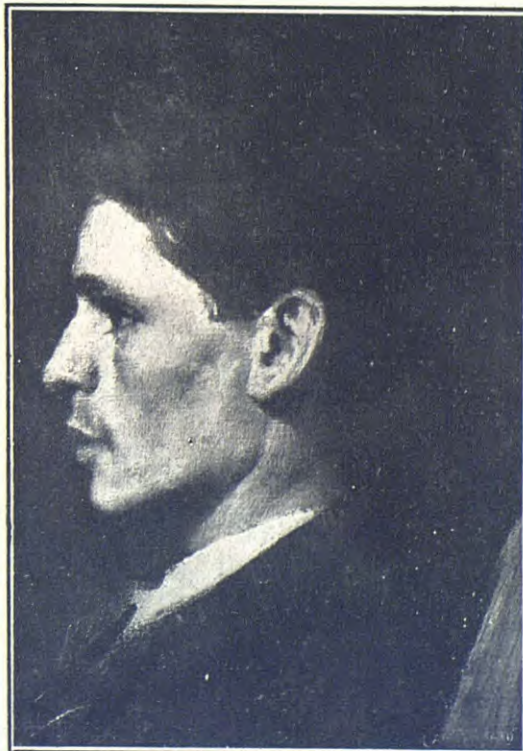
jo siempre joven Juan Peiró, nos contó una anécdota de Domingo que no resistimos la tentación de transcribir, aunque sin el colorido que con su palabra de fuego pone en sus descripciones el notable pintor valenciano.

«Este retrato es de lo primero que pintó en Roma—decía Peiró—; por cierto que a los pocos días estuvo en peligro de que se perdiera, juntamente con el gran cuadro *El último día de Sargunto*; pues acaeció que fuimos a ver las Logias del Vaticano, y tanto admiró las obras maestras de Rafael, que, vuelto al estudio, todo encolerizado, y con aquel su genio que Dios le ha dado, y que todavía conserva, comenzó a lanzar a la calle lienzos, tablas, caballetes, afirmando que no servía para pintor, que jamás podría alcanzar a los grandes maestros, y uno de los cuadros que volaron por la ventana fué mi retrato, que me apresuré a recoger, así como tantos otros. Más de un mes estuvo Domingo sin pintar; pero por fin le convencimos, y volvió a su trabajo con una fiebre enorme.»

Otro de los cuadros cuya reproducción aparece en esta plana, es el retrato de doña Carmen Torres. Este retrato, ignorado de casi todos, es indudable una de las obras maestras de Domingo.

La reproducción en negro no da idea de la admirable solidez del colorido, de lo justamente que está dibujado, de la entonación que se nota en todo él. A nuestro juicio, esta obra puede codearse con los mejores retratos de Rubens y Van-Dyck.

Lo más admirable de este retrato son las manos, y por ello reproducimos el detalle de las



Retrato del pintor Juan Peiró FOTS. VIDAL

LA FAMILIA REAL EN SANTANDER



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA CON EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS Y LOS INFANTES D. JAIME, D. JUAN Y D. GONZALO, EN LA PLAYA DEL SARDINERO

FOT. MARÍN

PÁGINAS POÉTICAS



EL FUEGO

El fuego, rey del cielo
y esclavo de la tierra,
cumple el humano anhelo
en la paz y en la guerra.

El fuego era el tesoro
de los dioses paganos;
era el fruto de oro
vedado á los humanos.

Y los hombres miraban
(¡tristes sombras errantes!)
los ástros que brillaban
en alturas distantes,

como miran los parias
á las mujeres bellas.
(Sus almas solitarias
las miran como á estrellas

de un cielo inaccesible
á su humano deseo.)
¡Pero nada imposible
hay para Prometeo!

Quiso el fuego sagrado
para la Humanidad,
y el fuego fué robado.
¡Sublime heroicidad!

Y desde aquel momento
el fuego fué del Hombre,
como el agua y el viento,
y «Fuego» fué su nombre.

Y el Hombre, sin cesar,
lo doma, como el agua,
lo prende en el Hogar,
lo golpea en la Fragua,

lo hace rugir cautivo,
como rugen las fieras,
encerrándolo vivo
en hornos y calderas.

Y él se venga implacable
en terribles metrallas,
cuando el hombre, insaciable,
lo lanza en las batallas.

El fuego de las iras
celestes, las tormentas,
el fuego de las piras
y las guerras sangrientas,

sometido al dominio
del hombre soberano,
sembrará el exterminio
siempre bajo su mano.

Y esa es su maldición
y su eterno castigo:
la tierra es su prisión
y el hombre su enemigo.

El fuego, hijo del cielo,
al mismo sol robado
por el hombre, y al suelo
terrestre esclavizado.

El fuego, dios antiguo,
siervo del mundo humano,
un niño lo hace exiguo
en su pequeña mano;

y un pinche de cocina
(ya Hebbel nos lo dijo)
lo enciende y lo domina...
Fuego, ¿quién te maldijo?

El Fuego, dios aliado,
sirve al Hombre en su hogar,
y se humilla votivo
á Dios, en el altar.

GOY DE SILVA

DIBUJO DE OCHOA

UN REFUGIO DE JORGE SAND



Vista de Argenton y el río Creuse

PARA concebir bien cómo el alborotado corazón de Jorge Sand buscaba la paz en este refugio de Gargillesse, tenemos que volver a leer *Lelia* y las *Cartas de un viajero*, las dos obras donde ella misma quiso examinar y justificar la tragedia espiritual de su inquietud y de su desesperanza; tragedia que perduró hasta el término de su vida.

Hay en estos lugares la revelación de que Jorge Sand buscaba, más que la tranquilidad campesina y la quietud aldeana, la apariencia de una renunciación á cuanto en París y en los viajes la enloquecía; la ilusión de una anulación de su personalidad. Dejar de ser, por unos días, por unas horas, quien era; olvidarse de sí misma; creerse una mujer vulgar, unida por el destino á la soledad de aquella campiña, una mujer desconocedora de las traiciones del mundo, de corazón tranquilo, de imaginación apacible... Pero el engaño duraba poco. Y Jorge Sand se lanzaba de nuevo al torbellino de su vida. Se pinta ella misma cuando pone en boca de Lelia aquellas palabras: «Un solo sentimiento sobrevivía en ti á todos los demás: la voluntad; pero una voluntad ciega y desarreglada, que corría como un caballo sin freno y sin dirección fija por medio del espacio. Una devorante inquietud te agujoneaba; querías lanzarte, correr; una fuerza espantosa rebotaba en ti.—¡Déjame mi libertad—clamabas—, déjame huir! ¿No ves que vivo y que soy joven?...»

Pocos años después hace esta confesión en sus *Cartas de un viajero*: «Mucho me pesa haber escrito ese mal libro que llaman *Lelia*; no porque me arrepienta de él: ese libro es la acción más atrevida y más honrada de mi vida... Si me pesa haberlo escrito es porque no lo puedo volver á hacer. Me hallo en una situación que se parece tanto á la que he pintado, que sería hoy para mí gran consuelo volver á empezarle... ¡Y

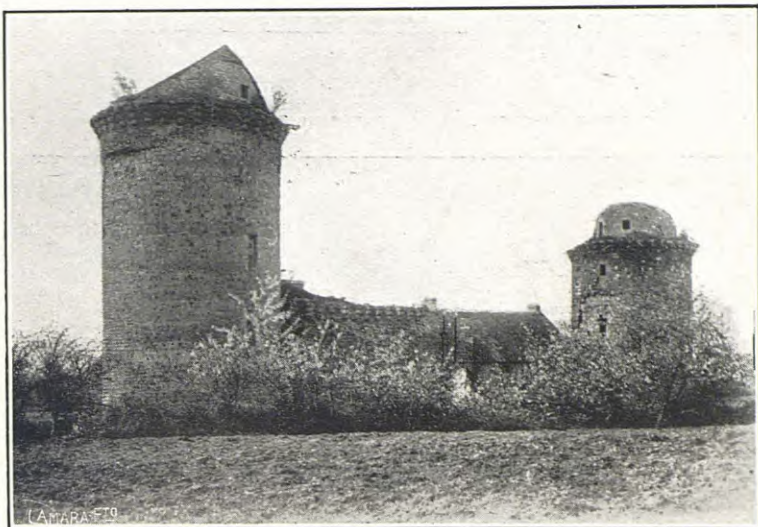
qué! ¿Mi período de resolución fija no llegará nunca? ¡Oh, si llego á él, ya veréis, amigos míos, cómo os pediré perdón de haber sido joven y desgraciada!...»

Así, recordando estas palabras, nos conmueve la inscripción de aquella lápida, colocada sobre la sencilla puerta de persiana: «Aquí residió Jorge Sand.» Está la casuca rústica en el declive de la suave colina, cuya falda lamen las aguas del río Creuse. A un lado, las ruinas de un torreón que, acaso, sirviera antaño de vigía. Las tierras, cubiertas de verde obscuro, se extienden hasta Argenton, cuyas casas, entristecidas por la pizarra negra de sus techumbres, parecen un rebaño vigilado por la calada torre gótica de su iglesia. Apenas cortan la visión del horizonte más que los viejos castillos en ruinas, llenos de consejas tradicionales y rodeados de un ambiente de misterio; el de la *Prune-au-pot*, el de *Cluis*, el de *Plessis*, que ha sido luego reedificado, como el de *Rocherolles*, que tan graciosamente conserva su aspecto medioeval.

El pueblo está edificado en la orilla misma del río. En las casas costeras se lava la ropa en el escalón del portal. Sobre las aguas se alzan los miradores y las balconadas. Las callejas, en pendiente, acaban en el borde mismo del Creuse, y allí acuden las lavanderas del barrio alto. Un molino corta la corriente y la hace pasar bajo sus ruedas, convirtiéndola en hervidero de blancas espumas. No se oye otro ruido; á ratos, las campanadas del reloj cobijado en la torre de la iglesia; á veces, el chirrido de una carreta bretona que atraviesa el puente. Los labriegos van á su faena lentamente, al paso de sus bueyes. En los bordes del río, en los mismos portales de las casas aledañas, en las pilastras del puente, hombres, con quietud de paralíticos, esperan á que los gus-



JORGE SAND



El castillo de la Prune-au-Pot, en las inmediaciones de Argenton



Ruinas del castillo de Cluis, en las cercanías de Argenton

tosos peces de estas aguas fecundas piquen en los anzuelos pendientes de largas cañas.

Parece la vida como detenida y suspensa. El cielo lo envuelve todo con el matiz grisáceo de sus nubes. Hay una dulzura, una melancolía, una resignación en el ambiente, en las aguas, en los muros, en la floresta, en los ojos tranquilos de las mujeres, que se apodera de nuestro espíritu y lo adormecen. Marcando el cauce del Creuse, unas hileras de álamos blancos se pierden en la lejanía, como una procesión interminable.

Llegaba á estos lugares Jorge Sand con el corazón desgarrado. «Al cabo de dos años de ausencia—escribe—he vuelto á esta antigua vida con un placer de niño, con una alegría de anciano. Todo esto, pobre amigo mío, ha entrado un día entero en este corazón gastado y desolado; todo esto le ha hecho palpar de gozo, pero no le ha curado ni le ha rejuvenecido: es un muerto á quien el galvanismo ha hecho estremecerse y que vuelve á caer más muerto que antes. Tengo el *spleen*, tengo la desesperación en el alma. Me he dicho todo lo que podía y debía decirme; he probado á asirme á todo; no puedo vivir... El mundo no sabrá lo que he sufrido... Puede ser que tenga el corazón cansado, el entendimiento alucinado por una vida aventurera y por ideas falsas; pero yo me muero, me muero, y ya no se trata, para mis amigos, más que de conducirme dulcemente al se-

pulcro. Quitadme las últimas espinas del camino, ó, á lo menos, sembrad algunas flores alrededor de mi huesa, y haced que suenen en mis oídos las suaves palabras de la compasión... Lo que pasa en mí, este hastío de todo, este tedio devorante que sucede á mis más vivos goces, y que de día en

día se apodera de mí y me abruma, ¿es una enfermedad de mi cerebro ó un resultado de mi destino? ¿Tengo horriblemente razón para aborrecer la vida, ó soy criminalmente culpado en no aceptarla? Muchas veces me avergüenzo de esta cobardía, que me impide acabar de una vez, y al instante... Hay en la Naturaleza no sé qué voz que me grita dondequiera, del seno de la hierba y de las enramadas, del eco y del horizonte, del cielo y de la tierra, de las estrellas y de las flores, del sol y de las tinieblas, de la luna y de la aurora, y aun de las miradas mismas de los amigos: «¡Vete, ya nada tienes que hacer aquí!...»

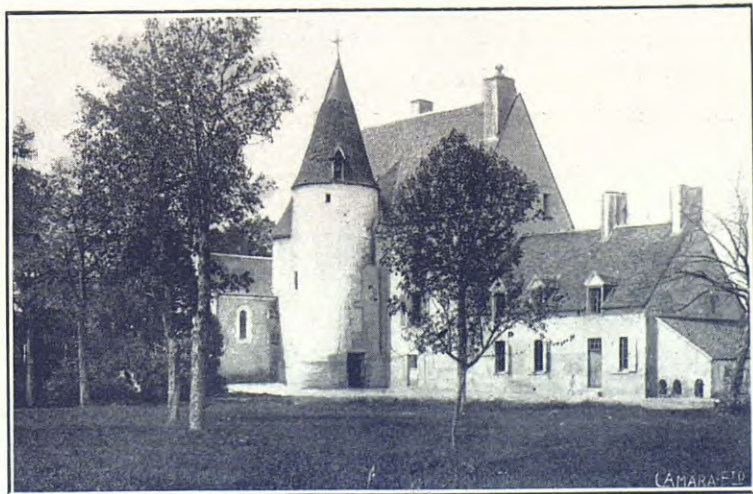
Y Jorge Sand, en lugar de suicidarse, huía... Huía de sí misma: huía de Argenton, como huía de París y de Italia. Así, en esta inquietud que le hacía aborrecer la soledad y el silencio, tanto como los había deseado, no escribió

aquí ninguna de sus obras; pero la visión de estas ruinas y estos panoramas están en *Indiana* y en los *Mauprat* y en otras muchas de sus obras.

MINIMO ESPAÑOL



La casa de Jorge Sand, en Gargillesse



El castillo de Plessis, en las inmediaciones de Argenton



Puente Chrétien sobre el río Bouzanne, en Argenton

CUENTOS ESPAÑOLES



MARÍA-LUZ

Cruzó el tren. Cayó sobre el silencio del campo el silencio de la noche. Emergió del seno de la sombra el estruendo de las cigarras. Y el paisaje tornó a dormir, inquieto y leve, bajo el trémulo fulgor de las estrellas.

Era entonces cuando, en más felices y descansados tiempos, María-Luz daba por terminada su tarea. El expreso, en épocas normales, era su último tren. El resto del servicio, hasta bien entrada la mañana, pertenecía á su padre. Ahora, sin embargo, incorporado éste á una cuadrilla de segadores para aumentar de algún

modo sus escasas ganancias de guardaaguas, recaía sobre la muchacha todo el peso del trabajo.

Aislada en las foscas soledades de aquellos horizontes, que la salida de un túnel y la entrada de un puente á derecha é izquierda limitaban, María-Luz repartía sus actividades entre los cuatro hermanillos que, al quedar huérfanos, la reconocieron como madre, y los innúmeros trenes que, de quedar sin sus avisos de madre protectora, correrían como huérfanos á despeñarse ó á chocar. No la inquietaba el trabajo. Cada

mañana amanecía más lozana la espigada gentileza de sus veinte años, más encendido el color de su piel morena, más puro el brillo de sus ojos negros, más deslumbrante y fúlgida su blanca dentadura de campesina. Hacia aquella figura de mujer, graciosa y limpia, que bajo las anchas alas de su pamea sonreía al paso de los trenes, las miradas de los viajeros convergían siempre...

No fueron quebrantos corporales, sino quebrantos del espíritu, penas muy hondas y muy negras, las que extinguieron de pronto la sonrisa de su faz y apagaron el brillo de sus ojos...

¡Pobre María-Luz! Ya no volverían más aquellas noches en las que, abandonando el sendero por el atajo para llegar más pronto, le preguntaba el novio desde el otro extremo del puente si había pasado. Ya no volvería ella a escuchar, aguzando el oído, si alguna vibración o silbato anunciaba a lo lejos el próximo desfile de algún tren; ni a esperar, con el alma en vilo, a que Juan Antonio cruzase el puente saltando de traviesa en traviesa; ni a reprocharle su terquedad cuando, juntos al fin, bajo las madreselvas de la empalizada en noches de verano, o al amor de la lumbre en las de invierno, ella podía con más calma hacerle ver la peligrosa exposición de atravesar aquel puente tendido sólo para el tren y sin espacio alguno entre pretil y pretil para esquivar ningún encuentro.

Había sido el suyo un idilio casto y dulce, sin celos, sin dudas, sin malos pensamientos... Ella amaba a Juan Antonio con un amor sereno y placido, siempre igual, como el agua dormida de aquel remanso que prestaba su frescura a la ribera. Así también la quería él, sin exaltaciones ni arrebatos, con un amor hondo y sencillo que le obligaba a permanecer junto a ella horas enteras, sin hablar, como en un éxtasis...

Todo acabó de pronto. Unas amigas, de las pocas con las que de tarde en tarde se cruzaba en el camino, se lo dijeron. Su novio era un mal hombre del que ninguna mujer honrada debía fiarse. Se lo advertían por subien. No era la primera cuya honra, por culpa de Juan Antonio, rodaba de copla en copla por el valle, entre las provocaciones y las burlas de los mozos,

Llegaba a tiempo el providencial consejo. No fueron suspicacias del recelo, fueron notorias realidades las que obligaron a María-Luz a convenir en que un cambio profundo se operaba en la conducta de su novio. Era otro. Acabó aquel comedimiento respetuoso y cordial al que ella ingenuamente, hidalgamente se confiara. De libertad en libertad y de atrevimiento en atrevimiento, un día le tomó la mano, reteniéndola mucho tiempo entre las suyas; otro día, a traición, la besó en los labios..., y una noche, entre veras y bromas, relacionándolo con la ausencia del padre, le insinuó, junto al oído, algo que ella no quiso ni pudo acabar de oír.

Convulsa, con una sombra de dolor en sus ojos trágicos, le rechazó indignada:

—¡Vete, Juan Antonio! ¡Vete... y no vuelvas!

ooo

No volvió.

Pasó una noche y otra. Sola ya, inerme en el aislamiento de la casa, María-Luz temblaba ante la idea de verlo aparecer. Sus ojos, acostumbrados a la sombra, espían recelosos los senderos. Nada. Nadie. Aquella, como tantas otras, sólo

los trenes al pasar turbaban un instante el solemne aquietamiento de los campos.

De pronto, un silbido lejano, del lado allá del túnel, una vibración casi imperceptible de la tierra, anunció que uno de aquellos trenes se aproximaba... María-Luz tomó el farolillo y avanzó hacia la entrada del puente, quedando aterrada al descubrir, en el extremo opuesto, la torva silueta de Juan Antonio. Rápidamente, la muchacha tuvo la visión de lo que iba a ocurrir. El tren, silbando ya dentro del túnel, no tardaría en enfilarse el puente. La catástrofe era inmediata. Sólo ella, levantando en sus convulsas manos el farolillo, ofreciéndole al maquinista el cristal rojo en vez del cristal verde, podría evitarla... Pero; rápidamente también, se vio después a solas con aquel hombre, en sus manos, a merced suya. Comprendió la inutilidad de sus esfuerzos, el silencio que respondería a sus gritos... Y

se vio perdida para siempre, despreciada por el padre, aborrecida por los hermanos, sirviendo su nombre de escarnio entre los mozos, rodando su honra de copla en copla por el valle...

Fué un momento no más. El tren, silbando al verse libre de las entrañas de la tierra, parecía consultarla. Y María-Luz, pálida, heroica, levantando la señal del paso franco, cerró los ojos y se abatió inerte contra el suelo, en un desmayo que la impidió escuchar el fragor homicida de la locomotora...

Cruzó el tren. Cayó sobre el silencio del campo el silencio de la noche. Emergió del seno de la sombra el estruendo de las cigarras. Y el paisaje tornó a dormir, inquieto y leve, bajo el tremulo fulgor de las estrellas...

F. APARICIO MIRANDA

DIBUJOS DE CUTANDA



TEMPLOS VISIGODOS DE ESPAÑA

SAN PEDRO DE LA NAVE



Puerta principal y ábside del templo visigodo de San Pedro de la Nave

Todos los historiadores coinciden en reputar á nuestra Patria como emporio de la civilización europea, luego de la invasión bárbara, durante el reinado de Recaredo. San Leandro, llamado *el apóstol de los visigodos*, fué el que convirtió al catolicismo á Recaredo, y este monarca fué, á su vez, el que declaró religión oficial del Estado la que había aprendido de San Leandro.

Con esta protección augusta, y la feliz circunstancia de florecer en la Iglesia de Cristo una brillante pléyade de sabios doctores, el saber y la educación se vincularon en las escuelas parroquiales y catedralicias, por cuyo motivo fué tan grande el número de construcciones religiosas, especialmente desde Recaredo hasta Wamba, que se dictó una legislación entera y formularios particulares para su estudio.

Escasísimos son en España los ejemplares que se conservan en pie de aquella remota época. Destruídos los que se asentaron á orillas del Esla y del Tera, por esta comarca no han resistido á la acción de los siglos más que el monasterio de San Román de la Hornija, próximo á Toro, fundado por Chindasvinto; el de *Gérticos y Wamba*, en la provincia de Valladolid, y este de San Pedro de la Nave, á dos leguas de la capital zamorana, cuya antigüedad, luego de bien discutida, ha sido brillantemente contrastada por los Sres. Lampérez y Gómez Moreno.

Hasta no hace mucho había la creencia de que esta joya arquitectónica pertenecía á la época en que el magno Alfonso III se dedicó á la restauración y engrandecimiento de la comarca zomorense, devastada por las huestes mahometanas; pero el estudio reflexivo y competente que se hizo, vino á desvanecer este yerro.

Como desde la invasión árabe hasta el año 895, en que Alfonso III se dedicó á la restauración de esta comarca, no tornó de nuevo á reinar en



Una de las columnas de los arcos torales. Es de mármol blanco y tiene una inclinación de 35 centímetros. Bajo las labores del capitel se halla la epigrafía visigoda

ella el cristianismo, la construcción de San Pedro de la Nave tuvo necesariamente que ser anterior ó posterior á la dominación musulmana. Si fuera posterior, su edificación sería mozárabe, y si anterior, visigoda.

No hay que esforzarse mucho para convenirse de que este raro y magnífico ejemplar es visigodo, y, además, un tipo ecléctico, resumen y síntesis de una arquitectura muy nuestra que en San Pedro de la Nave apuntaba, y que no pudo prosperar merced á las invasiones francesas del siglo xi.

Ya sabemos que de las bellas artes, la única que los godos cultivaron con preferencia y aprovechamiento fué la arquitectura, y que, sirviéndose de los elementos latinos y bizantinos conocidos en el país conquistado, formaron ese tipo híbrido de construcción denominado visigodo.

No olvidando el origen de su arquitectura, no ofrece duda el estilo de San Pedro de la Nave. Es visigodo por el aparejo romano, que en el siglo x es informe; por la ornamentación, abundante, rica y hermosa, de la empleada en los siglos vii y viii; por los arcos de herradura, de escuela visigoda y no mahometana; por la epigrafía de los capiteles, que, como puede apreciarse en el grabado, es visigoda y no mozárabe, y por otros detalles muy elocuentes también, que traería aquí si este trabajo hubiese de tener, como no tiene, un carácter técnico.

El material empleado en esta construcción es de una piedra traída desde muy lejos y atravesando el Duero; circunstancia que hace suponer la existencia de un puente, que en la época árabe no se conservaba ya, según afirma el historiador mahometano Masudi en su descripción de la batalla de Zamora.

Que la fundación de San Pedro de la Nave es anterior á la dominación mahometana, y visigoda por tanto, es cosa que no da lugar á duda.

Los alarifes árabes que Alfonso III, *el Magno*, ocupó en las restauraciones y edificaciones, imprimieron el marcado sello mozárabe y bárbaro que se observa en todas las obras de aquella época.

Al entrar en esta preciada joya, que hoy sirve de humilde parroquia á unos cuantos pueblecillos, se invade el ánimo de ese respeto religioso, admirativo y evocador que se desprende de las piedras seculares en donde el genio de las generaciones pasadas nos ha legado la crónica de su historia.

La planta de la iglesia es un rectángulo, dividido interiormente en tres naves, atravesado por otra de crucero. En los extremos de esta nave hay sendos pórticos rectangulares, y en la central un ábside de igual forma. Las tres naves de los pies—parte que se hundió y fué rehecha con bastantes alteraciones—se comunicaban por arcos sobre pilares cuadrangulares y por ventanas con el crucero; las de la cabecera sólo tenían comunicación con la central por una puerta y una ventana de tres vanos con columnillas, aunque hoy aparecen estas naves como ábsides laterales por haber abierto puertas que dan á la nave del crucero.

La capilla mayor tiene un arco triunfal sobre columnas, y los arcos torales de la nave están apeados en cuatro magníficas columnas de mármol, que tienen la rara singularidad de hallarse inclinadas treinta y cinco centímetros sobre la perpendicular.

Los pórticos tienen arcos de ingreso y ventanas ajimezadas en los lados. Desde el crucero á la cabecera, todos los compartimientos están abovedados con medios cañones semicirculares peraltados. Los arcos de las puertas laterales son de medio punto, muy peraltados también y con los apoyos notablemente salientes, como para sustentar un dintel, al modo que la arquitectura románica generalizó después.

Una de las cosas más notables por su elegancia, su sobriedad y buen gusto, es el profuso grabado que campea en las impostillas, basas y capiteles, como motivo de ornamentación interior.

Su edificación está emplazada á orillas del turbulento Esla, en el itinerario romano á Santiago, que luego sirvió para las peregrinaciones religiosas.



Nave central y capilla mayor

A la fundación de este preciado templo acompaña una curiosa tradición, que tiene todo el espíritu fatalista de las tragedias helenas. Un hijo de ilustre familia, llamado Julián—de cuyo país natal no dice nada la tradición—, yendo un día de caza le vaticinó un ciervo que había de ser el asesino de sus padres.

Julián huyó horrorizado y vino á esta tierra, de Lusitania entonces, en donde tanto se significó por sus virtudes y hazañas, que el rey, al contraer matrimonio este héroe, dió á su consorte un espléndido castillo como dote.

Entretanto, los padres de Julián, habiendo sido infructuosas todas las pesquisas hechas para hallar al hijo, se decidieron á recorrer el

mundo en su busca, viniendo á Lusitania y yendo una noche á parar al castillo de Julián, en ocasión que él se hallaba ausente. Dióles albergue la esposa, como á viandantes que eran, y al contar ellos el origen de su viaje y la misión que les llevaba por el mundo, supieron que se hallaban en la propia casa del que con tanto anhelo buscaban. Dieron todos gracias al cielo por la feliz coincidencia, y la esposa de Julián les hizo aquella noche descansar en su tálamo nupcial, y aún no había rayado el alba cuando ella se salió á darlas más cristianamente á una ermita próxima.

Pero entretanto la esposa se hallaba orando, llegó el esposo de viaje; entró en la casa, aún obscura, tentó las almohadas y, al hallar dos cabezas, una de hembra y otra de varón, sospechando una traición conyugal, asesinó allí mismo á los que le habían dado la vida. Salió de su castillo al tiempo que su mujer entraba, y entonces supo el horror de su fatalidad y cómo no le fué posible substraerse á la profecía del ciervo.

El matrimonio se retiró á hacer vida penitente, fundando el hospital-alberguería de San Pedro de la Nave, denominado así por tener Julián un rústico batel en el río con el cual pasaba á los peregrinos que albergaba, aunque hay quien cree que la palabra ha sufrido una corrupción, y que, en lugar de *nave*, debe de ser *nava*, que significa campo. Ambas denominaciones le van bien, pues que el templo está aislado en la soledad de los campos, y porque desde su fundación se halla junto á él la nave que sirve á los viajeros para vadear el Esla.

Añade la tradición que uno de los peregrinos que allí arribaron, vaticinó á ambos esposos que morirían en un mismo día é irían á gozar de la bienaventuranza eterna por haber expiado tan cristianamente sus culpas.

Esto es cuanto el arte y la tradición nos han legado referente á este notabilísimo templo visigodo. Técnicamente ya ha habido quien de él se ha ocupado con la extensión y el detenimiento que merece; pero faltaba quien popularizase construcción de tanta importancia, y éste ha sido mi propósito al componer para LA ESFERA el presente trabajo.

JULIO HOYOS



Una de las naves laterales, donde se observa la ventana de tres vanos convertida en puerta

FOTS. GUTIÉRREZ



DEMOSTRACION GRAFICA DE COMO SE LANZA UN TORPEDO. UN "DESTROYER" INGLES ATACANDO A UN BARCO ENEMIGO

Dibujo de R. Verdugo Landi

MOMENTOS HISTÓRICOS

UN REY NIÑO

EN uno de aquellos ataques de melancolía, tan frecuentes en el buen monarca D. Felipe que nos vino de Francia, dióle por soltar el grave peso de la corona y ceñirla en las sienes de su hijo D. Luis.

Contaba por el entonces el joven príncipe la gentil edad de diez y ocho años, y así alcanzábanle muy poco de las jornadas del mundo, y otro tanto del difícil y codiciado acto de gobernar.

Nacido en tierra española; afecto á nuestros usos y costumbres, tanto que iba abandonando la moda francesa, al revés que hacía la gente de por acá; dotado de una gran simpatía, no pareció mal al pueblo su encumbramiento, y acogióle con grandes regocijos y optimismos de buenas esperanzas, tanto que dieron en llamarle el monarca *bien amado*.

Era de gallarda presencia y muy buen rostro, que la complicación del peinado afeminaba un poco y hacía parecer de aun menos edad que la que ciertamente tenía. En los gustos y los juegos no había abandonado la edad infantil, ni tuvieron entrada triunfal en su corazón ni en su pensamiento las amables perfidias de Amor Nuestro Señor, acicate de la vida y gloria del mundo, pues en el matrimonio con la princesa Luisa Isabel, conducíase más como hermano que como galán.

Tomó con entusiasmo cetro y corona, y como muchacho que halla un juguete nuevo, se dispuso á jugar á «éste era un rey».

Pero allá se estaba D. Felipe en su retiro de La Granja, que en los ratos de lucidez de ánimo pensaba que el gobernar nunca debe ser cosa de juego, y así era él quien llevaba en peso la marcha y los destinos de la nación.

Había nombrado al joven príncipe un consejo de gabinete compuesto de los marqueses de Miraval, de Ledesma, de Aytona, de Valero; el inquisidor general, Camargo; el arzobispo de Toledo, D. Diego de Astorga; D. Manuel Francisco de Guerra, presidente que fué del Consejo de Castilla, y D. Juan Bautista Orendain como secretario del despacho universal, en puesto del marqués de Grimaldo, quien con D. Felipe retiróse al Real Sitio.

Todo el consejo era hechura del viejo monarca y de su primer ministro, que así hubo ocasión de decir en cierta ocasión al embajador de Francia: «El Rey Felipe no ha muerto, ni yo tampoco.»

La musa anónima, que suele hacer sus pastos de ingenio entre los recodos de la intriga y la envidia, lanzó este soneto que recorría *secretamente* por las *Losas* y covachuelas del Alcázar:

«Ahí os quedan las llaves, dice el Rey.
Y al nuevo rey el pobre reino dan,
desnudo de mercedes como Adán,
porque las dió Grimaldo, su virrey.

Mudóse de baraja y no de rey,
todos los cuerdos en aquella están,
pues otro y otro pobre sacristán
son los pastores de tan alta grey.

Uno en la corte y otro en Balsain,
es querer aumentar la confusión
viendo á Grimaldo ser Orendain.

En discurrir se pierde la razón;
pero, en fin, yo discurre que este fin
más parece embozada que cesión...»



D. LUIS I DE BORBÓN

Aquella monarquía de dos reyes, en la que el rey verdadero no gobernaba, era un verdadero desbarajuste. Tanto embrollo y confusión había en los negocios diplomáticos como en la política interior.

Dentro del Gobierno, y del mismo palacio, formáronse dos bandos: uno, partidario de las inspiraciones del rey padre, y otro, más numeroso, á favor de D. Luis, cuyos fines iban encaminados á separar al joven rey de la tutela paterna. El pueblo participaba también de las ideas de este bando, pues regocijábale con tener un monarca español.

ooo

Como si fueran poco los disgustos que al Segundo Borbón pudieran acaecerle en el trono, vinieron luego los de orden familiar, que acaso tuvieron mayor trascendencia; encargábase con mucha conciencia de este capítulo su esposa, Luisa Isabel de Orleans.

Educada en la banal Corte de Francia, al lado de su padre, que no era el más apropiado para predicar moralidad, y de unas hermanas que no podían ser modelos de recato, procuraba seguir las mismas huellas en trato y costumbres, pensando, sin duda, que hacer como hacen, no constituye pecado.

Se pensó que la austeridad de la Corte de España, y los consejos paternales de D. Felipe harían notable mella en su alma niña, y así no

hubo inconveniente en matrimoniarse con el entonces príncipe de Asturias; pero estaban muy arraigados sus gustos y costumbres, y la obra de reforma resultaba labor estéril.

No bastaba toda la rigidez de la camarera mayor, condesa de Altamira, señora de muy grande circunspección, que vióse obligada á informar á los soberanos de los desmanes y ligerezas de Su Majestad.

Sentía el rey grande estimación hacia su esposa, y no determinábase por ello á proceder con energía. Probó primeramente si con desvíos y demostraciones de enfado haría volver á la reina sobre su acuerdo y traerla á buen camino; mas ni esto ni los consejos de D. Felipe lograron el fruto apetecido, pues cada día continuaba la reina en vivir con más desenvoltura y escándalo de la Corte, y viendo que no se ofrecía otro remedio, determinóse á recluirla, enviándola á la de Altamira la orden siguiente:

«Viendo que la conducta un tanto ligera de la reina es muy perjudicial á su salud y daña á su augusto carácter, he tratado de vencerla con amistosas reconvenções; deseoso de verla corregida, he suplicado á mi virtuoso padre que la reprendiese con la mayor severidad; pero no advirtiendo cambio alguno en su conducta, he decidido, usando de mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En su virtud, os mando, del mismo modo que á las personas elegidas para este caso, que cuidéis de prepararlo todo á fin de que se halle bien hospedada en el lugar designado y que no corra ningún peligro su preciosa salud» (4 de Julio de 1724).

El mandato fué puesto en vigor aquella misma tarde.

Tornaba la veleidosa soberana de su habitual paseo por el Prado y los Atóchares, cuando hallóse deteni-

da por un mayordomo que hizo saber la determinación del monarca, y mal de su agrado condujola al Alcázar, donde quedó recluida con guardia y algunas personas de su servidumbre.

Recibió á poco la visita del mariscal Tessé, embajador de Francia, al que confesó que, si eran ciertas muchas de las ligerezas que se le atribuían, tales como gustar de recorrer á solas las cocinas y lavaderos, por divertirse con el trato de mozas y pinches, y hacer menesteres poco en armonía con su alto encumbramiento, ninguna acusación podía hacerse en que padecieran su honor y el de su marido. Mostróse luego arrepentida y rogó el perdón del rey; otorgóle éste de muy buen gusto, y todo acabó con despedir las damas y camaristas que habían pasado aquellas locuras de niña mal educada. Concedióla tornar al Buen Retiro, y él mismo salió á recibirla muy gozoso hasta el *Puente Verde*.

Dicen que fué un recibimiento de niños más que de marido y mujer, y á lo que parece, y cuenta la maledicencia cortesana, hasta allí y algún tiempo después no se entendieron de otra manera.

Pero esto, lector amigo, si me das tu venia, será asunto para otro artículo, que el presente va más largo que conviene...

DIEGO SAN JOSÉ

PANORAMAS SUIZOS



Uno de los sitios más pintorescos de Suiza visto desde el Urirothstock

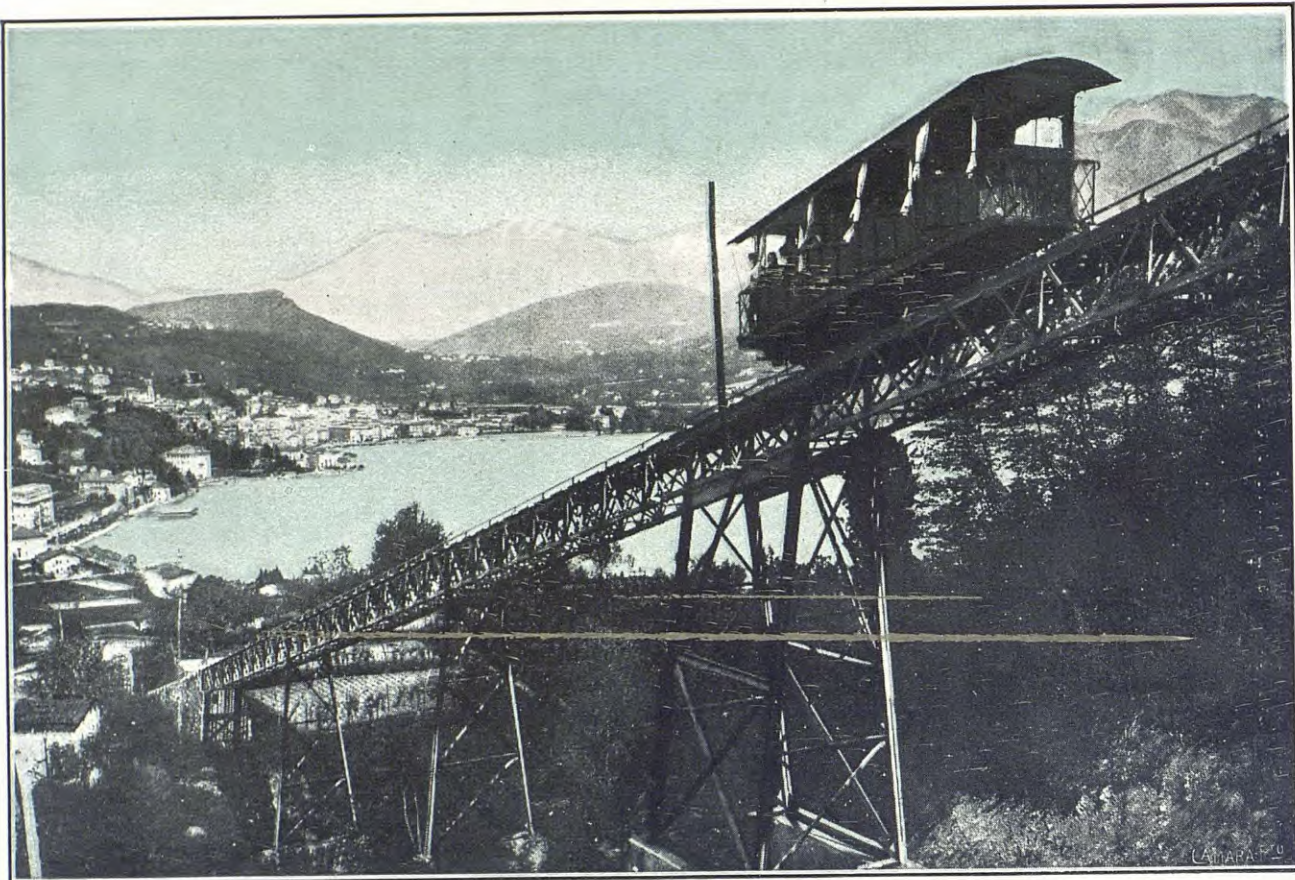


El lago Mayor, Baveno y la isla Superior, en Suiza

FOT. WEHRLI

DONDE SE BEBE EL BUEN ASTI

LAS CAVERNAS DE EOLO



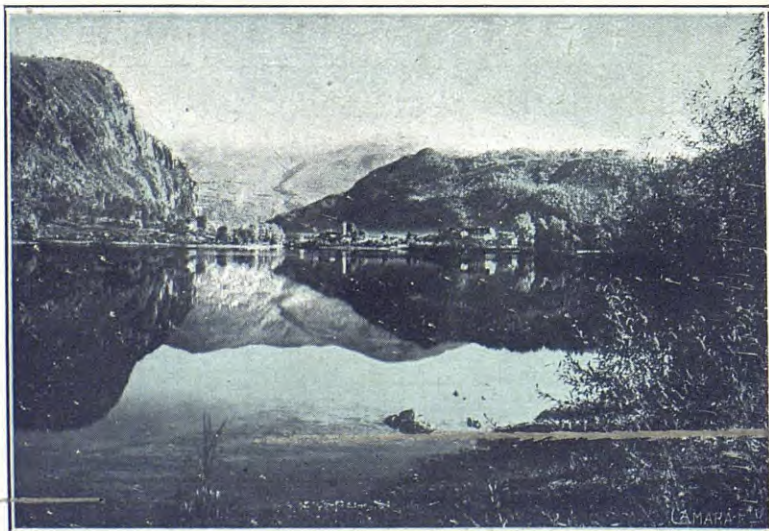
El ferrocarril funicular de San Salvador en Lugano

Un insigne boliviano que residió hace años en Madrid, encargado de una misión diplomática que no tuvo tiempo siquiera de iniciar, porque los días tristes y lluviosos se encerraba en la amada compañía de un buen libro y una botella de lo mejor, y los días alegres y soleados se lanzaba al campo ó tomaba el tren y emprendía excursiones inverosímiles, fué mi maestro en el difícil arte de viajar. Un día, después de disertar sabia y prolijamente sobre los buenos vinos que Dios tiene la suma bondad de criar, esparcidos por todas las regiones del globo terráqueo, me convidó á tomar una copa de Asti en el único lugar del mundo donde se bebe este vino en su punto, siendo allí mejor que el mejor Pommery y el más exquisito Moussirender.

Ni el Garona ni el Rin producen en sus riberas un espumoso más sabroso para el paladar ni más alegrador para el espíritu. En Asti mismo, donde podemos, con una copa en la mano, embriagarnos de alcohol y de versos de Alfieri, el melancólico amador que allí naciera, no sabe este vino como en aquel otro lugar, donde los buenos y sabios catadores de Italia y de Austria, de Francia y de Suiza, van en disimulada peregrinación á contemplar los paisajes encantadores, á asombrarse de las bravuras de la no domada Naturaleza y á cogerla en grande, alabando la infinita misericordia de Dios, que tantas bellas y buenas cosas puso en este mundo.

Después de encarecerme mucho estas maravillas, me aconsejó hacer la maleta, y emprendi-

mos el viaje. En Niza tomamos la primera copa de Asti, en Savona la segunda, en Turín la tercera, en el propio Asti la cuarta, en Milán la quinta... ¡Señor! ¿Hasta cuándo iba á tolerar tu paciencia aquella peregrinación imbécil? Porque, en verdad, aquel vino espumoso no valía la pena. Aparte de que seguramente lo habría igual en cualquier bodega, botillería ó restaurant de Madrid, era un vinejo bueno para cuando no hubiese otro. En rigor, salvo el colorido, yo juraba á mi amigo el boliviano que los espumosos que se hacen en Jerez y en el Puerto de Santa María, con los buenos mostos de aquellos viñedos sin par, eran mucho mejores que el Asti que nos llevaba de estación en estación y de ciudad en ciudad. Pero cruzamos la frontera italiana,



Un pintoresco aspecto del lago de Lugano



El cabo de San Martín en el lago de Lugano

llegamos á Chiasso, atravesamos el lago Ceresio, y á pocos minutos paramos en la estación de Lugano. Mi amigo me dijo:

—¡Es aquí á donde venimos á beber una copa de Asti!

Apenas le escuché. Estaba absorto en la adoración del paisaje. Los labios trémulos no aciertan á balbucir más que esa vulgaridad que repiten todos los viajeros: «¡Qué hermoso!»

Avanza el ferrocarril ganando alturas para cruzar el famoso San Gotardo, y al llegar á Lugano va ya por las crestas de la montaña, de tal modo, que la ciudad y su lago y sus limonares y sus viñedos y sus bosques de olivos y nogales y su muchedumbre de hotelitos, parques y jardines—como si surgiera el vergel malagueño ante nuestros ojos—quedan allá abajo, en el fondo del primoroso valle, tan lindo, tan ordenadamente bello, en contraste tal con la belleza salvaje y bravía de las montañas, que todo ello parece artificio humano, como un miniado cuadro de un pintor preciosista, como un juguete fabricado por gnomos para la pálida princesita de un cuento de hadas.

Para bajar de la estación á la ciudad hay un funicular. Yo preferí descender á pie por una carretera que, culebreando por la ladera de la montaña, llega hasta cerca del Paraíso y recorre más de media legua entre boscajes y jardines. Luego, por la orilla del lago, se llega á la ciudad. ¡Ciudad encantada, de recreo y de

placer, de holganza y de vicio, donde han hecho su nido millonarios llegados de todos los rincones del planeta, querer describirte sería profanarte! Hay, á la entrada, una estatua de Guillermo Tell, con su arco en tensión y su flecha á punto de dispararse, símbolos de la independencia suiza; pero Lugano y el contorno entero de su lago, sus calles y sus palacetes, su vegetación y su clima, sus costumbres y su ambiente de noble ranciedad histórica, son clara y distintamente italianos.

Mi amigo interrumpió el éxtasis con que yo rendía el homenaje de mi admiración á la Naturaleza. Era preciso subir al monte Caprino. Y allá fuimos y allí encontré una cima horadada por bocas de misteriosas galerías y aberturas,

como ventanales de cuevas y grutas no exploradas. Son las cavernas de Eolo. Allí, sin duda, vive el dios que dispone, desde el céfiro al simún, de todos los vientos. Por aquellas rendijas sale, con bastante violencia, un aire helado. No se sabe quién le empuja. Nos imaginamos soplando al propio Eolo, con los carrillos hinchados, como lo veíamos de chiquillos en los grabados de la Mitología.

El fenómeno es curioso, pero lo es más la hábil industria con que los luganenses lo han utilizado. Aprovechando las rendijas por donde el viento sale, han edificado curiosos pabellones, donde las botellas de Asti reciben la corriente helada. Y, en efecto, mi amigo el boliviano

tenía razón. No hay vino en el mundo como aquel vino. Un dulce regocijo inunda nuestro espíritu; una sensación indefinible de bienestar y de optimismo se apodera de nosotros. El parloteo del agua, que cae bravía de la cercana cascada de Cavallino, nos parece una música inefable. Ante nuestros asombrados ojos la visión soberbia del panorama se enriquece con nuevos colores; las líneas se precisan y detallan, y á nuestro alrededor, cuando nos creíamos solos, escuchamos carajadas parlears, gritos triunfadores, cánticos en los más extraños idiomas... Mi boliviano, enardecido, entona su himno nacional. ¡Toda una caravana de insignes borrachos está hoy en el monte Caprino tomando su copa de Asti!

MARTÍN AVILA



El puerto de Lugano y el monte de San Salvador



Panorama de Lugano, viéndose al fondo el monte Boglia

FOTS. ARISTOPHOT

AMENIDADES CIENTÍFICAS



EL ALEJAMIENTO DE LAS ESTRELLAS

Todos los días, al filo del mediodía, ó unos minutos antes, pero nunca después, entraba el maestro de escuela en casa del tío Blas, un labrador bien acomodado de cierto pueblo valenciano.

Puesta la mesa, y cerca de ella el labrador, que no hubiera digerido á gusto la comida si el arroz no humeaba sobre aquella al sonar el toque de las doce, tenía que aguantar antes una disertación científica, por vía de aperitivo, con que el maestro le obsequiaba de diario.

Y era lo peor, que al oír éste la invitación de la tía Pepa, que tenía tanto de simpóna como de hermosa, y era una belleza otoñal en espléndida sazón, se acercaba á la mesa, y sin interrumpir el campanudo discurso, tragaba bocados como puños, con cuanta ligereza le permitía su charla engañadora.

El tío Blas, sin embargo, no se traga el anzuelo científico; pero como no gustaba de contrariar á su mujer, en la cual no reconocía más defecto que la esterilidad, aguantaba el chubasco con la indiferencia musulmana de los labriegos valencianos.

Aquel día ponderaba el maestro la gran distancia que separa nuestro mundo de las estrellas.

Ya había contado por modo vulgar al matrimonio la manera cómo ha podido medirse la ve-

locidad de la luz, que vuela á razón de 300.000 kilómetros por segundo.

—Pues anoche estaba yo sentada con éste—y señalaba á su marido la seña Pepa—en la puerta del corral, tomando el fresco, y me parecía que á un lucero muy resplandeciente y de color azul que veía en lo más alto del cielo, bien podría alcanzar desde una elevada torre.

—¡Ilusión, y nada más que ilusión!—le replicaba el maestro, accionando con el tenedor, en cuyas puntas, y por casualidad, venía ensartado un muslo de gallina—. Eso que llama usted lucero es la estrella Vega, y está tan alejada de nosotros que, corriendo lo que corre la luz, tarda la de esa estrella en llegar á nosotros doce años y medio.

—¡Virgen y madre!—clamó la tía Josefa.

—Así es—afirmó el maestro, á tiempo que dejaba mondo el hueso del muslo.

—Parece mentira—replicaba el tío Blas, quizá aludiendo á la voracidad del huésped.

Y forzado al descanso éste, porque, necesitando beber, se le había adelantado el dueño de la casa al apoderarse rápidamente del porrón que contenía el vino, continuó el maestro:

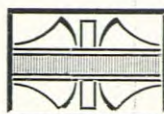
—De la estrella llamada Sirio, que es la más brillante del cielo, y que les enseñé no hace todavía muchas noches, tarda la luz catorce años; treinta y uno desde

la Polar, guía y faro de caminantes y marineros, y muchos más años, que se cuentan por cientos, y aun por miles, desde las pequeñas, y que en mayor número embellecen las serenas noches...

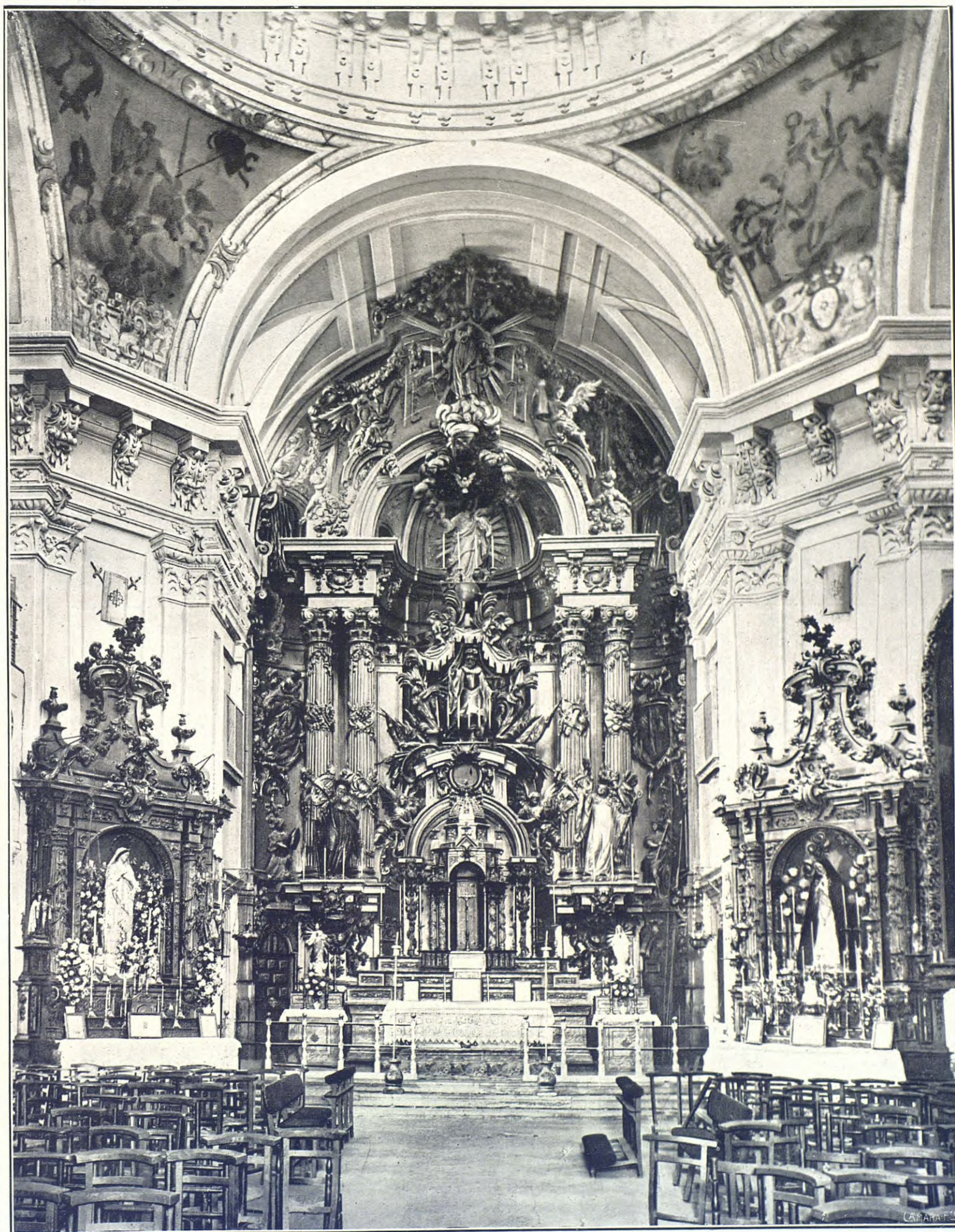
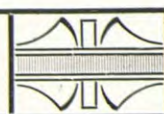
—Pues si desde la más alejada de ellas—interrumpió el tío Blas abandonando el porrón, del cual se apoderó el maestro antes de que llegara á la mesa—le soltaran á usted á las doce menos cuarto, créame, que yo no he mentado nunca, á las doce en punto estaba usted aquí, sentado á mi mesa.

Sin duda que el chorro de vino se le fué por mala parte al maestro, porque tuvo que interrumpir la observación astronómica que con el porrón había comenzado, entre toses y ahogos.

RIGEL



ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE LAS CALATRAVAS, EN MADRID

CAMINO ADELANTE



No da la propia tierra los frutos que ofrecía;
los surcos se cegaron, se ha secado el trigal,
y en el huerto casero, que era una sinfonía
de flores, está mustio el lírico rosal.

ooo

No hay risas en el bosque, callado está el molino,
vacíos los graneros, dormidos los zarzales,
y el escondido pozo, de fondo cristalino,
con sus caudales secos, no riega los bancales.

ooo

Los sombreados muros y los bancos de piedra

donde buscó el abuelo á su vejez un trono,
no tienen ya caricias... Los arropa la hiedra
con tallos de tristeza y raíces de abandono.

ooo

En grupos macilentos, atados en gavilla,
por la tierra adelante marchan los campesinos,
buscando nuevos huertos de fecunda semilla,
de cantarinas aguas y sombríos caminos.

ooo

Andar, andar... y al cabo de la triste jornada,
posar sobre los muelles la carne dolorida,

y aventurarse luego sobre la nave ansiada
en pos del sol que ofrece la tierra prometida.

ooo

¡Oh, dolores del éxodo! Atrás, todo desierto:
el hogar y los campos, las paneras y el huerto,
hollados por la planta de un implacable azar...
y delante, la nave, que ya aguarda en el puerto
á que llegue el proscrito... y andar sin rumbo, andar...

JOSE MONTERO

DIBUJO DE HEVIA



A orillas del Genil

FOT. CASTELLÀ

La emoción del paisaje

En la existencia de los que, obligados por la necesidad, nos vemos constreñidos a vivir en las ciudades, hay siempre una sed de campo nunca saciada. Ponemos nuestros ojos en panoramas remotos, y allá van, con nuestras nostalgias, las esperanzas que alimentamos de que tal vez algún día nos sea dado gozar de unos meses de libre asueto, lejos del ruido, del bullicio, del estrépito y del tumulto de estas urbes populosas y estridentes. Nuestros nervios, fatigados del perpetuo vibrar de una lucha que nunca acaba, parecen descansar en esa ilusión indecisa y acariciadora... ¡El campo!... Esto es: la tregua, el reposo, el sosiego bienhechor que nos despierte luego a nuevas actividades y a nuevas empresas...

Y he aquí que llega el día en que la fortuna nos dispensa la merced de que satisfagamos nuestros deseos, permitiéndonos huír de nos-

otros mismos, al permitirnos alejarnos de nuestros habituales centros de vida. Y ya nos tenéis fuera de este conglomerado informe de edificios insanos, refugiados en el blanco caserío de la sierra inexplorada y lejana, ó en el quieto pueblo de pescadores, con cuyo ejemplo robustecemos nuestra voluntad rendida.

Y cuando más apaciguados nos creemos, y en mejor disposición de ánimo para disfrutar los encantos de una que creemos nueva vida de tranquilidad placentera é infinita, vemos que la inquietud vuelve, aunque con nuevo nombre, pues es la inquietud que nace de la emoción del paisaje...

ooo

¡Emoción!... He aquí un nombre que al artista dice todo lo de su arte y lo de su vida: ¡Emoción!... ¡Dolor!... ¡Tristeza creadora y fecunda!... ¡Melancolía que no acaba nunca y es el secreto

que explica el de sus cantos y el de sus cuadros, el de sus versos y el de sus notas!... ¡Emoción del paisaje que, como la música oída á distancia y á solas, es algo que primero acaricia, luego deprime y al final despierta nuevos anhelos de nuevas luchas, nuevos afanes, nuevas nostalgias, nuevas ilusiones y nuevos estímulos!... ¡La emoción del paisaje!...

Nada hay en la Naturaleza que se cree ni que se pierda. Todo da en ella la sensación de una eternidad que el hombre pocas veces puede comprender, porque aquella eternidad es lo contrario de nuestra vida momentánea y transitoria, á pesar de nuestros sueños, de nuestros sufrimientos, de nuestras alegrías y de nuestras esperanzas. Y á la Naturaleza no la vemos aquí, en las grandes poblaciones, donde todo parece hecho y creado con el único objeto de alejarnos de ella, sino en aquellos lugares silenciosos y

profundos donde, creyendo huir de lo efímera-
mente trascendental, vamos á dar con algo
tan absoluto y grande como lo que nos hace
ver que nuestra existencia es una ficción, una
simulación, una equivocación ó un tremendo
error...

Y es entonces cuando amamos con algo de
masoquismo espiritual el paisaje que tales emo-
ciones sugiere á nuestro espíritu, enfermo quizá
y herido...

Emprendemos largos y solitarios paseos por
la vecina playa ó el cercano monte. Y allá vien-
do el mar dilatado y amplio, y acá mirando la
oculta fuente, el disimulado arroyo, el ruidoso
manantial ó la espumosa cascada, algo indefini-
ble nos asalta que nos hace recordar lo que hay
de más extraño, trágico y doloroso en nuestros
recuerdos. Y amores muertos é ilusiones rotas,
páginas dispersas que el viento de nuestra ima-
ginación alejara un día de nuestra memoria,
vuelven á ella, á semejanza de lo que sucede
cuando, haciendo un penoso inventario, nos po-
nemos á romper cartas de amor...

ooo

¡Que las sombras de las bien amadas nos per-
donen todas las amarguras que con nuestros
romanticismos les produjimos!... Con exaltada
fantasía y corazón decidido quisimos hacer de
nuestra vida una novela de argumento compli-
cado y peregrino, y asociándolas á ella las per-
turbamos. No habían nacido para acompañarnos
en la tortuosa jornada de nuestros locos sueños.
Así es que fueron débiles y vacilaron. La vida
era para ellas esta quietud, esta mansedumbre,
este callado discurrir de un arroyo entre breña-
les y peñas, mientras que para nosotros era
algo violento, fogoso, indómito...

Nos amaron á su manera; no nos dieron más
de lo que á ellas les otorgaron el mundo y su
educación... Que nos perdonen sus sombras,
como nosotros nos perdonamos también las
consecuencias que trajeron para nosotros aque-
llos locos y temerarios pensamientos que toda-
vía no parecen habernos abandonado.

ooo

¿Para qué buscar la paz fuera de nosotros
mismos?... Ilusos somos al suponer que un
simple cambio de postura nos haga variar de
sentimientos y de pasiones. Estos son tan nues-
tros como la propia conciencia, que no nos
abandona nunca. Y es inútil que, huyendo de un
medio que reputamos inquieto, creamos huir de
toda la inquietud nuestra. Ved si no con qué fa-
cilidad surge en esta soledad que constituye
nuestro destierro; y ved también cómo lo hace,
trayendo un eco de todo lo pasado y de todo lo
que fué...

También es cierto que al hacerlo lo realiza
haciéndonos creernos viejos á pesar de nues-
tros menguados treinta años de nuestra equí-
voca juventud y nuestra no menos equívoca
energía.

¿De qué nos sirvió ésta que no fuese para llenar nuestra vida de perple-
jidades, angustias, torturas morales y complicaciones de toda índole?



El atardecer en el campo

¡Si nuestras almas tuvieran la augusta serenidad de estas aguas, de
estos montes, de estas sierras y de estos bosques!...

ooo

Es extraño y sorprendente el horror que en
estos retiros hemos tomado á nuestros libros.
Llenos de polvo yacen en la lugareña mesa de
nuestro hospedaje. Nuestras manos no osaron
abrirlos, ni nuestros ojos osaron mirarlos. Y
allí los dejamos, olvidados y polvorientos, por-
que el mundo que se nos descubre con aquellos
paisajes vistos en plena libertad, es más que su-
ficiente para nutrir nuestra inteligencia. Es un
mundo confuso de ideas é imágenes que nos
llenan de luz espiritualmente; mundo complicado
en el que nuestra personalidad, siendo todo, no
ocupa nada, porque allí, si caben nuestras que-
rellas, es en último lugar, y si caben nuestras
evocaciones, es en término postrero... Cabe,
sí, la emoción que lo ocupa todo; emoción que
nos hace temblar, llenos de indecible anhelo,
ante una puesta de sol, un árbol decrepito, un
bosque próximo, una serena fuente, un claro
arroyo, un mar quieto, apacible, encalmado,
sin olas y sin rumores, ó una nave que se ve á
lo lejos...

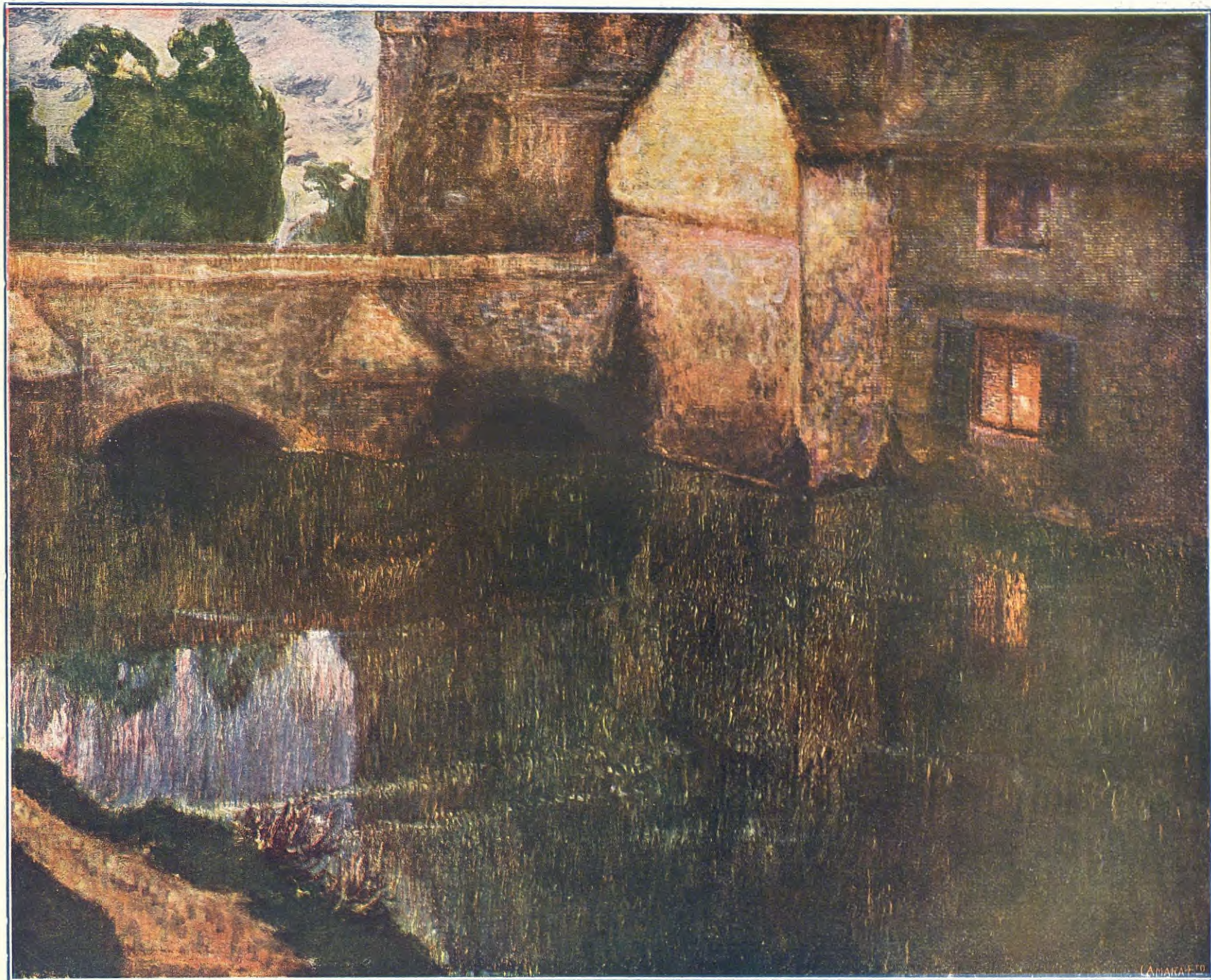
Y esta emoción—alma del paisaje—es lo que
traemos de nuestra huida cuando, al regresar
de aquel viaje con el que soñamos tanto, nos
ponemos á trabajar febrilmente, presos de la
nueva inquietud que tardará mucho en abando-
narnos, porque de ella haremos ley de nuestra
vida para aturdirnos y para fortalecernos...



Puesta de sol en la costa cantábrica

FOTS. HIDALGO

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



"Crepúsculo en Brujas", cuadro de Fernando Mignoni

LA SOMBRA DE RODENBACH

NUESTRO amigo, el hombre flaco, de las barbas lacias, de la mirada errabunda como su vida, seguía nuestra trivial discusión de la guerra con una sonrisa silenciosa é impertinente.

Aprovechó un instante de rencoroso silencio, de molesta pausa en que tal vez las razones iban á cambiarse en insulto, para alargar su mano en un ademán de paz y de tregua, y para decir, con su voz blanda:

—Quisiera contaros un episodio extraño que me aconteció en Brujas el año pasado. Fué en otoño, bien entrado ya Octubre y volados nuevamente los pájaros blancos de la ilusión. Sobre la habitual tristeza de la ciudad romántica, uníase el convencimiento de otro nuevo año de guerra.

Brujas, amigos míos, conserva, por encima de la invasión germánica, su melancólico encanto. Veis letreros alemanes, soldados alemanes y muy pocos hombres belgas que no sean viejos, mutilados ó niños. Pero siguen sonando los carillones, continúa el desfile de los cisnes blancos en las aguas muertas de los canales, y las beguinas pasan arrimadas á los muros viejos de casas y conventos, poniendo, contra la sombra leprosa, el vuelo blanco de sus tocas. Beguinas sin tocas parecen todas las demás mujeres de Brujas, enlutadas, pálidas y mudas, que van por las calles, que entran á las tiendas, que acaso se arriesgan á un nostálgico paseo hacia el lago Minnewater, «el agua en que se ama», buscando el recuerdo de una pasión.

Una tarde descansaba la prolongación permanente de mi melancolía en el pretil de un puente de piedra. En las aguas quietas, verdosas, un poco malolientes, del canal, se desdoblaban las siluetas y los colores de los edificios y de los árboles, re-

cortando pedazos pálidos de cielo. El crepúsculo lloviznaba de sombra la ciudad. Lejos sonaban cornetas. Y, de pronto, las campanas, estas campanas de Brujas, que son como los latidos de su corazón místico y apasionado, empezaron á sonar en la calma vespéral.

Y de pronto una voz dijo en francés, junto á mí: —¡Oh! *Ces cloches permanentes—glas d'obit, de requiem, de trentaines: sonneries de matines et de vepres—tout le jour balançant leurs encensoirs noirs...*

Me volví bruscamente. Creía estar solo y, sin embargo, á mi lado, alguien decía unas palabras que imaginé haber oído antes de entonces.

Ví un hombre alto y gallardo. Un belga mutilado á quien le faltaban los dos brazos. Estaba arrimado al pretil de piedra sin poder recostarse en él. Y esto daba pena, como daría verle entrar en su casa y no poder abrazar á la mujer amada, y, si tenía hijos, no alzarlos del suelo con sus manos para darles un beso en alto y en la boca. Pero no fué esto, con ser tan profundamente doloroso, lo que me cautivó la mirada. Era su rostro. Un rostro largo, de una piel muy fina y muy blanca y de una expresión soñadora, melancólica. Debajo del bigote rubio, la boca tenía una dulzura casi femenina. Los ojos grandes, verdiazules, miraban las aguas del canal como si las besaran en un adiós supremo. No llevaba sombrero, y la cabellera rubia, de un rubio dorado, se levantaba en un bello penacho.

¿Dónde había yo visto á aquel hombre antes de entonces? ¿Dónde había oído sus palabras? Nuevamente, su voz lenta sonaba en frases que me causaban el efecto de un *ritornello*:

—¡Oh! ¡Estas campanas! Parecen deshojar lán-

guidamente flores de hierro sobre una tumba... Esta ciudad es la más gris de todas las ciudades, de un gris melancólico que da á las calles de Brujas el aspecto de que siempre es el día de los Difuntos. Este gris como hecho con el blanco de las tocas de las religiosas y el negro de las sotanas sacerdotales, tan frecuentes y tan contagiosas. Misterioso gris de un medio luto eterno. También el canto de las campanas parece negro, pero de un negro algodonoso, fundido en el espacio, que llega en un rumor igualmente gris, arrastrándose, rebotando, ondulando sobre el agua de los canales...

Un grito mío le interrumpió. Le había reconocido: había recordado dónde y cuándo aquella música melancólica de sus palabras acunó mi corazón. Aquel hombre pálido y rubio era Jorge Rodenbach.

Sin embargo, ¿cómo el poeta muerto en París el 1898 aparecía ahora manco de los dos brazos?

Temblando de romper el milagro, le pregunté:

—¿Ha perdido usted los brazos en esta guerra?...

—Sí—dijo—. El 15 de Agosto de 1914, en el combate de Eghezee, al Norte de Namur. Vine de muy lejos para defender mi patria...

Incliné la cabeza sobre el pecho, tristemente. Y cuando la levanté de nuevo, el hombre había desaparecido, desvanecido acaso como la sonería de las campanas en el aire húmedo del crepúsculo.

Y entonces fuí yo quien repitió unas palabras de *Brujas la muerta*: «Pero el rostro de los muertos que la memoria nos conserva algún tiempo, se altera poco á poco y se borra como un pastel sin cristal, cuyo polvo se evapora. Y en nosotros, nuestros muertos mueren por segunda vez.»

José FRANCÉS

POR TIERRAS ALMERIENSES

EL ESPARTO Y LA UVA



La torre de la Vela en Almería

Los problemas económicos que plantea la guerra nos hacen mirar con interés las industrias y los productos españoles, en los que antes apenas nos fijábamos. Nos sucede como á esas mujeres muy viltroteras, que cuando se ven obligadas á no salir de casa, empiezan á revolver los armarios y los baúles y se sorprenden de encontrar lo que tenían en ellos guardado.

Así es, quizá, como yo recuerdo en estos momentos á Almería, mi tierra nativa, esa Almería que es pobre porque hay en ella una desidia de raza que la mantiene inmovilizada, á pesar de su entraña rica y fecunda, de la que sólo se ha tomado lo más superficial para mantenerse, dejándose llevar de la indolencia mora.

Dos fuentes de riqueza de Almería, cegadas

ahora por la guerra, son la exportación del esparto y de la uva. El esparto y la uva son dos cosas tan características de Almería, que se graban fuertemente en el recuerdo.

Una gran parte de la provincia, todos los pueblecitos de las orillas del Andarax, viven de la uva. Se ha tendido una extensa red de alambre sobre los campos para sostener los parrales, y el cultivo de la vid, con sus cavas, sus podas y sus curas, constituye todo el año la mayor preocupación hasta recibir, como premio, la exuberancia de la cosecha: esa cosecha de los racimos dorados, que, unida á las espigas, son el atributo de la mayor fecundidad de la Naturaleza.

Hay un momento en Almería en el cual parece que toda la tierra se ha vuelto uvas; que se

ha llenado como por encanto de uvas: uvas grandes como acerolas.

La recolección se hace cuidadosamente; no es uva destinada al lagar, es uva mimada con esmero. Constituye el limpiarla una fiesta de risas y alegría, con esa gracia del pueblo andaluz que parece que juega cuando trabaja. Mozos y mozas se agrupan cerca de los grandes montones de racimos, y las manos morenas que parecen acariciarlos, cortan las uvas malas, las que tienen esas manchas rojas, que son como un clavo que penetra en la pulpa de la uva y que, semejante al cáncer, se la ha de comer á ella y extenderse á las demás. Estas mujeres prácticas saben distinguir entre esta mancha honda y la mancha superficial.

Los racimos limpios y frescos van á los gran-



Mujeres haciendo pleita y fascal en un taller de labores de esparto



Obreros trabajando el esparto con el que se hacen las esparteñas que calzan

des barriles, llenos de aserrín de corcho, donde acabarán de encontrar su sazón, madurando y dulcificándose esa uva de embarque, dura y pellejosa, que tiene toda la esencia ferviente de Andalucía; y por eso es jugosa en medio de su rudeza y su aspereza, y está llena de agua en su cápsula apretada y dura.

¿Qué se hará ahora de esa enorme cantidad de racimos? Se pudrirán, sin poderse embarcar, en el fondo de sus barriles rústicos, desangrándose y secándose en ellos. Esta uva no sirve para alimentar al pueblo, que no se puede alimentar sólo con uva, y no sirve para nuestras poblaciones, porque nosotros tenemos otra uva tierna y aromática, superior a la uva de embarque, la cual sólo podía causar la delicia en los países donde no podía ir la otra y que ahora añoran la delectación con que se las comían una á una; porque esas uvas sólo se pueden comer una á una y con cuidado de no atragantarse.

Hay que conocer la importancia que tiene la exportación de uva en Almería para comprender lo extensa y lo profunda que va á ser su crisis.

La del esparto no es tan importante, aunque contribuye á su miseria.

El esparto parece que es la planta más humilde, la más modesta, un retoño salvaje de los montes despoblados, brotando de la raigambre, duro y sequerizo, sin frescor en la hoja ni siquiera al brotar; es algo que no necesita cultivarse, y no hay que hacer más que cogerlo en

las tierras abandonadas. Sin embargo, no es libre para poderlo coger; los montes están todos acotados, y mientras no se da la orden para arrancar de la atocha el esparto en sazón, nadie puede aprovecharse de él. Da pena ver hombres y mujeres por las laderas de los montes arrancando penosamente el esparto para ganar un mísero jornal.

Después de estos obreros del campo, pasa á los obreros de la ciudad, los que lo limpian y empaquetan, ó los que labran con él cuerdas,

guitas, pleitas, crinejas fascasles y tomizas para todas las aplicaciones que del esparto se hacen, fabricando espuertas, aparejos de bestias, asientos de sillas, esteras y hasta ese rudo calzado primitivo que tanto se usa y que lleva el nombre de *esparteñas*.

No se puede pasar por el Barrio Alto, donde más se trabaja el esparto, en Almería, sin sentir ese fuerte olor tónico y acre que desprenden las hebras doradas y ardientes del esparto. Tiene algo de labor de presidiario la labor de los esparteros. Es una labor sórdida y miserable. Hay que limpiar y emparejar ese esparto para formar las pacas ó tejer las labores. El polvo picante del esparto ciega á los obreros, dando lugar á la triste frase de «tierra del esparto y la legaña», y la costumbre de cogerlo con los dientes raja la boca y agrieta los labios. Pero así y todo, el trabajo da para vivir, y los esparteros trabajan con una resignación y un desgairre alegre que recuerda á las cigarreras. Son gentes sobrias que se conforman,

por todo alimento, con su *pimentón con verse*, ese caldo que llaman así porque se ve en el fondo del plato, al través del agua clara, la cara del que come. Pero ahora ha de aumentar la miseria de ese pobre pueblo, puesto que cesa casi por completo la exportación del esparto, y allí no saben darle su aplicación más noble, convirtiéndolo en ese bello papel que forma las portadas de *Nuevo Mundo*.

CARMEN DE BURGOS
(«Colombine»)



Limpiando esparto



Limpiando y empaquetando la uva

MODAS DE "FLORALIA"



ESTAMOS en plena estación estival (1); ya no son tanteos, indecisiones, ni dudas; la moda de verano ha sido consagrada y aplaudida por todos. No tenemos este año ningún estilo marcado que sobresalga; nuestra silueta no ha sido alterada en forma de que señale una época, una transición en el vestir; todo es correcto, elegante. La forma recta predominante da á todas las mujeres un aire juvenil, que si la moda no fuese tan inconstante, deberíamos hacer que dure el mayor tiempo posible, como duran los exquisitos productos de la PERFUMERÍA FLORALIA.

Hay, sin embargo, notas verdaderamente originales, muy siglo xx, de un arte modernísimo, como son esa profusión de bordados y combinaciones de

colorido, chillonas, audaces, y á la vez armoniosas, que antes encontrábamos gitanas y que ahora nos encantan, gracias á la influencia que en nuestros gustos han ejercido los bailarines rusos y los pintores modernistas.

De los tres modelos que os he dibujado, el primero es sobre la idea «tonneau», pues en el bajo de la falda el vuelo está disminuído á los lados, dando la impresión de un drapeado. El vestido es de jersey de seda azul, y la parte superior de jersey blanco con bordados azules; una banda azul con fleco en los bordes se anuda des-cuidadamente en la cintura.

Muy original y de vestir es el segundo, de «charmeuse» negra ó azul marino oscuro, con bordados oro viejo. Este modelo puede repetirse en negro con bordados y banda blanca ó bien viceversa, y siempre resultará ideal. La falda tiene la forma ligeramente ovalada. Sombrerito de terciopelo negro, adornado con una cabeza de pluma de avestruz y un medallón.

De velo «Ninon», de un delicado tono gris azulado, es el tercero. La falda lleva un plegado delante y una sobrefalda que sale desde la parte superior del entredós de la cintura y se termina con un entredós en el borde, formado con hilos de plata. También el cuerpo lleva bordaditos de plata.

Está muy bien que nos ocupemos con gran cuidado de la *toilette* que ha de embellecer nuestra silueta, sin descuidar por eso la principal, la otra, la que ha de idealizar nuestra epidermis y toda nuestra querida (?) persona; y cómo una se complace en recomendar cosas que sabe son perfectas, por eso os aconsejo con fe los productos «FLORES DEL CAMPO», en la seguridad de que estaréis encantadas (si alguna de vosotras no los usa, que lo dudo) de ellos.

Ninguno de estos productos merece preferencia sobre sus hermanos. Todos ellos—por su especialidad, cada uno—son dignos del favor de cuantas quieren conservar en su cuerpo destellos de belleza y juventud.

El jabón «FLORES DEL CAMPO» es agradable por sus condiciones higiénicas y por su delicada fragancia, comparable al perfume más exquisito. El OXENTHOL es, sin duda, el mejor dentífrico, y está preparado á base de oxígeno, resultando saludable y grato. El SUDORAL es una loción que no mancha los vestidos y constituye un elemento valiosísimo para combatir los inconvenientes del sudor, desodorándolo y purificándolo, sin suprimirlo. Cada uno, pues, tiene sus ventajas.

MAR DE MUN



(1) Para evitar los inconvenientes del sudor, pedid **SUDORAL**, de la **PERFUMERÍA FLORALIA**, que, sin suprimirlo, lo desinfecta y purifica.